

CANTO XXIV
RESCATE DE HECTOR

Disolvióse la junta, y los guerreros se dispersaron por las naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerle: daba vueltas acá y allá, y con amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él llevara al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los -- hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrumpla en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba triste por la playa. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de la -- Aurora sobre el mar y sus riberas; entonces uncía al carro los ligeros corceles, y atando al mismo el cadáver de Héctor, lo arrastraba hasta dar -- tres vueltas al túmulo del difunto Menetfada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía contra la -- égida de oro para que Aquiles no lacerase el cuerpo mientras lo arrastraba.

De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Compadecidos de éste los bienaventurados dioses, instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el cadáver. A todos les placía tal propósito, menos a Juno, a Neptuno y a la virgen de los brillantes ojos, que odiaban como antes a la sagrada Ilíon, a Príamo y a su pueblo por la injuria que Alejandro infiriera a las diosas cuando fueron a su cabaña y declaró vencedora a la -- que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando desde el día de la muerte de Héctor llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

"Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en honor vuestro, muslos de bueyes y cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento lo entregarían a las llamas y le harían honras -- fúnebres; por el contrario, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe -- pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo perdió Aquiles la piedad y ni siquiera conserva --

el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquel a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse; porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquiles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata al cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su -- compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irrite contra él, aunque sea valiente, porque enfureciéndose insulta a lo que tan sólo es ya insensible tierra."

Respondióle irritada Juno, la de los niveos brazos: "Sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los tuvierais -- en igual estima. Pero Héctor fue mortal y dióle -- el pecho una mujer; mientras que Aquiles es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crié y -- casé luego con Peleo, varón cordialmente amado -- por los inmortales. Todos los dioses presencias -- teis la boda; y tú pulsaste la cítara y con los -- demás tuviste parte en el festín, ¡oh amigo de -- los malos, siempre pérfido!"

Replicó Júpiter, que amontona las nubes: -- "¡Juno! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos; -- pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilíon,

porque nunca se olvidó de dedicarnos agradables ofrendas. Jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor; es imposible que se haga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas si alguno de los dioses llamase a Tetis, yo le diría a ésta lo que fuera oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyese el cadáver de Héctor."

Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; saltó al negro ponto entre la costa de Samos y la escarpada de Imbros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó a lo profundo, como descende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz en que se pone el anzuelo y lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a otras muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa, sentada en medio de ellas, lloraba por la suerte de su hijo, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

"Ven, Tetis, pues te llama Júpiter, el conocedor de los eternos decretos."

Respondióle Tetis, la diosa de los argentados pies: "¿Por qué aquel gran dios me ordena que

vaya? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré, para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto."

En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que -- fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la playa, ascendieron al cielo y hallaron al longividente Saturnio con los demás felices sempiternos dioses. Sentóse Tetis al lado de Júpiter, porque Minerva le cedió el sitio; y Juno le puso en la mano la copa de oro, -- que la ninfa devolvió después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de los dioses comenzó a hablar de esta manera:

"Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda referente al cadáver de Héctor y a Aquiles, asolador de ciudades, e instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el muerto; pero yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve en seguida al ejército y amonesta a --

- - tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de -- los inmortales, porque enfureciéndose retiene a -- Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman; por sí, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré a la diosa Iris al -- magnánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo."

Así se expresó; y Tetis, la diosa de los argentados pies, no fue desobediente. Bajando en raudito vuelo de las cumbres del Olimpo llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado una grande y lanuda oveja. La venerada madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos:

"¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni del concúbito? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no vivirás mucho tiempo: la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Júpiter. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes a Héctor - -

en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate."

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: "Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el -- muerto; ya que, con ánimo benévolo, el mismo Olímpico lo ha dispuesto."

De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Saturnio envió a Iris a la sagrada Ilión:

"¡Anda, ve, rápida Iris! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilión y di al magnánimo Príamo -- que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo; vaya solo y ningún troyano se le junte. Acompañele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y -- conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo; -- pues le daremos por guía al Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no le matará, e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante."

Tal dijo. Levantóse Iris, de pies rápidos --

como el huracán, para llevar el mensaje; y llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas; y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. La mensajera de Júpiter se detuvo cerca de Príamo y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo:

"Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Júpiter, que aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo: ve solo y ningún troyano se te junte. Te acompañe un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía al Argicida, el

cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te matará e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es ni insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante."

Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la sujetaran con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y llamando a su esposa Hécuba, hablóle en estos términos:

"¡Hécuba infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido por orden de Júpiter a encargarme que vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ea, dime, ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan a ir allá, hacia las naves, al campamento vasto de los aqueos."

Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos, y respondió diciendo: "¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquellos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan va

lientes hijos? De hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor sentados en el palacio, a distancia de su cadáver; ya que cuando le parí, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincando en él los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que me he hecho a mi hijo; que éste, cuando aquél le mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los troyanos y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el combate."

Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios: "No te opongas a mi resolución, ni seas para mí un ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que en la tierra viven, aunque fuera adivino, arúspice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo mismo he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos de broncíneas túnicas, lo acepto: que me mate Aquiles tan luego

como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle."

Dijo; y levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y por fin sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fue, como embajador, a su país, y era un soberbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente deseo que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras:

"¡Idos enhoramala, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venís a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Jove Saturnio me envía, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo a la mansión del Orco."

Dijo; y con el cetro echó a los hombres. Estos salieron, apremiados por el anciano. Y en seguida Príamo reprendió a sus hijos Heleno; Paris, Agatón divino, Pamón, Antifono, Polites, valiente

en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el fuerte Dío: a los nueve los increpó y dio órdenes, diciendo:

"¡Daos prisa, malos hijos, ruines! ¡Ujalé que en lugar de Héctor hubieseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troilo, que combatía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal, sino de una divinidad, Marte les hizo perecer; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo: corderos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino?"

Así les habló. Ellos, temiendo reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una correa de nueve codos que servía para atarlo. Colocaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, a la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunie

ron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el carro los innumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron los mulos de tiro, de fuertes cascos, que en otro tiempo regalaban los misios a Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos uncián los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécula, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino para que hicieran la libación antes de partir; y deteniéndose ante el carro, dijo a Príamo:

"Toma, haz libación al padre Júpiter y suplícale que puedas volver del campamento de los enemigos a tu casa; ya que tu ánimo te incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, pues a Júpiter - Ideo, el dios de las sombrías nubes, que desde lo alto contempla la ciudad de Troya, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es más cara y cuya fuerza es inmensa, para que en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el longividente Júpiter no te enviara su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los argivos por mucho -

que lo desees."

Respondióle el deiforme Príamo: "¡Mujer! No dejaré de obrar como me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Júpiter para que de nosotros se apiade."

Dijo así el anciano, y mandó a la esclava -- despensera que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

"¡Padre Júpiter, que reinas desde el Ida, -- gloriosísimo, máximo! Concédeme que al llegar a la tienda de Aquiles le sea grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más cara y cuya fuerza es inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles."

Tal fue su plegaria. Oyóla el pródigo Júpiter, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de "perción". Cuanta anchura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo; tanto espacio ocupaba con sus --

alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. Al verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

El anciano subió presuroso al carro y lo -- guió a la calle, pasando por el vestibulo y el -- pórtico sonoro. Iban delante los mulos que arrastraban el carro de cuatro ruedas, y eran gobernados por el prudente Ideo; seguían los caballos, que el viejo aguijaba con el látigo para -- que atravesaran prestamente la ciudad; y todos -- los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilión. Mas al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo Júpiter, que vio al anciano y se compadeció de él. Y llamando en seguida a su hijo Mercurio, hablóle de esta manera:

"¡Mercurio! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naveaqueas, de suerte que ningún dánao le vea hasta -- que haya llegado a la tienda del Pelida."

Así habló. El mensajero Argicida no fue desobediente: calzóse al instante los áureos divinos -- talares que le llevaban sobre el mar y la tierra --